

EL DÍA DEL NAUFRAGIO

Seis años han pasado y aún permanecen vivos todos los detalles del naufragio. Como si hubiera sido ayer recuerdo momento a momento, cosa a cosa, sonidos y luces, las enormes olas, el frío, la maleta con mis papeles y valores que no quería soltar, las gentes que corrían de un lado a otro, las súplicas a todos los dioses, mi desesperación al no encontrar mis lentes, el regaño de mi mujer diciendo que ya me haría otros que lo importante eran las joyas. Mi cámara de cine y de fotos también, contestaba yo. Sin tomar en cuenta que era una situación de vida o muerte cada uno de nosotros se puso a llenar su maleta, la mía, ya dije, con papeles y valores, incluyendo mis dos cámaras. Ella puso fotos de la familia, sus maquillajes, sus joyas por supuesto, dos pares de zapatos, sus lentes oscuros para el sol, algo de ropa, sus medicamentos que le recetaba el médico para sus depresiones. Quiso llevarse todo, sus vestidos de noche, sus medias, sus trajes de baño, su bata de playa, sus cremas, sus mascaradas, sus pantuflas, sus dos pelucas, la rubia y la pelirroja, sus... Bueno, quería llevar hasta el papel del baño, los shampoos, los jabones. Yo no, no empaqué ni ropa ni otras cosas más que las que ya dije. Apúrale, le gritaba, el barco se va a hundir. Si ayudaras, contestaba ella.

El viaje era para celebrar nuestros diez y ocho años de casados. Era la luna de miel que le había prometido desde que éramos novios. Cuando fue la boda sólo pudimos ir cuatro días a Acapulco. Después todos los festejos eran en la casa por el trabajo, por los hijos, por mil cosas. El día que le comuniqué que íbamos a hacer un crucero por el Caribe para festejar nuestra boda casi se vuelve loca del gusto, me abrazó, me besó y poco faltó para que me llevara a la cama. Después vinieron los preparativos que nunca

pensé que fueran necesarios: comprar nueva ropa, dos vestidos de noche pues ni modo de presentarse toda fachosa, comentaba ella, los maquillajes, las cremas, el resto de la ropa, sobre todo los trajes de baño. Ninguno me queda, se quejaba, en todos me veo gorda. Y por supuesto se puso a dieta rigurosa. Después vino la segunda parte: con quién dejar a los hijos, al perro, las plantas, quién va a cuidar la casa, el permiso en el trabajo, por supuesto sin goce de sueldo; el dinero, el pasaporte, las visas. Por último los detalles: lentes oscuros para el sol, cremas para lo mismo, tarjetas y sobres para mandar, libreta de direcciones, seguro médico.

Y sí que se merecía este viaje y muchos otros. Pocas mujeres han sido tan buenas esposas y madres como ella. Algunas veces me pongo a pensar que cuáles serían sus defectos si alguno me los preguntara. Mi respuesta inicial sería ninguno. Y eso creía. Ya rascándole mucho pues sí, sí tenía algunos pero más que defectos eran mañas como desesperarse muy rápidamente cuando algo no se hacía, no tener paciencia con las sirvientas y los hijos, gastar un poco más de lo necesario. Pero repito, eran cosas menores comparadas con todo lo positivo.

Si me preguntan si la amaba a pesar de vivir ya tantos años juntos respondería también afirmativamente. Claro que no es el amor de los primeros tiempos pero si la quería yo mucho, y la sigo queriendo. Siento que ninguna otra mujer me hubiera dado tanto como me lo dio ella.

Abriéndonos paso subimos escaleras y corrimos por los pasillos. Ella pidiéndome que la ayudara con su maleta, yo diciendo que cada uno cargara la suya. Empujamos gente, por momentos nos dejamos de ver y tuvimos que regresar por nuestros pasos; en un momento de desesperación ella me abrazó como nunca lo había hecho, como queriendo incrustarse en mí para que la protegiera. Su maleta fue lo primero que se perdió. Dijo que alguien se la jaló. Algo imposible pues quién en esas circunstancias se va a poner a robar. De seguro se le safó en las carreras. Perdimos minutos

valiosos buscándola. Inútil todo. Ello llorando tuvo que resignarse. Los empleados del barco se degañitaban dando órdenes: Por aquí, por allá, suban, bajen, corran al otro lado, digan sus nombres. Para esto ya estábamos empapados y temblábamos de frío y, me imagino, de susto. Por fin llegamos al lugar donde debíamos treparnos a la lancha salvavidas. Esta ya estaba llena. El que fungía como capitán o dirigente gritó que quedaba un solo lugar. Somos dos, grité yo. Sólo uno, insistió, y apúrense que nos vamos.

En estos días me puse a hacer un examen de conciencia como los que nos pedían en las escuelas maristas donde yo estudié, no para saber los pecados en que había uno caído que era lo que ellos querían que hiciéramos, sino para conocerse a uno mismo. Por supuesto que me encontré muchos defectos pues para eso soy muy exagerado. Si a los demás se los encuentro con facilidad más tiene que ser conmigo mismo. Y sí, soy algo flojo, algo comodino, algo envidioso, algo egoísta, algo...muchos algos. Pero una cosa soy no algo sino lo completo. Es ser miedoso, pusilánime, cobarde, temeroso y todos los sinónimos que quieran agregar. Sobre todo le tengo un miedo acérrimo al dolor y no se diga a la muerte. No puedo con ellos.

Frente al bote me vino el terror, el terror a morir ahogado y seguramente herido antes de morir. Tenía que salvarme a como diera lugar. Pero ¿y mi mujer? ¿mi esposa y compañera? Ella tenía más responsabilidades en la vida que yo, sobre todo con los hijos que aún eran jóvenes. Maripaz no había cumplido los nueve años. ¿Ella o yo? Decidí, los dos, los dos nos quedamos juntos y los dos morimos igual, abrazados. Pero no, nuevamente vinieron a mi memoria los muchachos. Uno tiene que hacerse cargo de ellos. Definitivamente que sea ella la que se salve, Dios sabrá por qué nos manda esto y seguramente permitirá que yo muera rápido, sin dolor. Le hice señas que se subiera al bote. Ella me miró, supo

que tenía que hacerlo, se acercó a mí y de dio el beso de despedida. No sé si tenía lágrimas en los ojos pues los dos estábamos empapados. Vi la cubierta donde quedaba ya muy poca gente, volví la mirada al bote. El terror se apoderó de mí. Me acerqué a mi mujer para darle un golpe que la hizo caer al piso. Brinqué al bote.

Y sí, el día del naufragio lo tengo muy aquí, muy en mi pecho. No lo puedo olvidar por más que trato.

Tomás Urtusástegui

Marzo 2009